

Vegetación

Cuando se va retirando la nieve y los pastizales conservan aún todo su frescor, una amplia variedad de plantas herbáceas inician la floración, convirtiéndose en una de las comunidades más complejas y vistosas de la montaña. Duran poco, apenas el tiempo de exhibir unas vistosas flores gracias a lo que son polinizadas por los insectos, garantizando así su supervivencia.

Pero deben sobrevivir superando otros factores limitantes, como los fuertes contrastes de temperatura entre el día y la noche, la temperatura del suelo o la incidencia de la luz.

Así, las anémonas de montaña (*Pulsatilla rubra*), despliegan unos pelos blanquecinos muy tupidos, que permiten a la planta mantener su temperatura. Sus colores brillantes, de tonalidades rosas, moradas o rojizas, reflejan con más facilidad la radiación solar, muy intensa en estas zonas.

Especialmente vistosas resultan algunas orquídeas de los géneros *Orchis* y *Dactylorhiza*, de tonos violáceos, rosados o amarillos, que destacan como pequeñas mazas de colores entre el pastizal ralo.



Pulsatilla rubra

Comunes son también las gencianas, violetas y moradas, de distintas especies, desperdigadas en los prados, confundiendo con otras herbáceas. Salvo la genciana amarilla (*Gentiana lutea*), que erguida en sus tallos aísla sus flores del pasto.

Tradicionalmente empleada en la medicina popular, se recolectaban sus rizomas, lo que afectó seriamente a la especie en muchas zonas de montaña.

Con ellas crecen otras muchas especies en función de la época del año; lirios y narcisos en primavera, destacando un endemismo orocantábrico, el narciso asturiano. Los despachapastores o qwitameriendas y los azafraneros silvestres anuncian ya el regreso de la nieve.

Para muchas de estas especies, el periodo vegetativo es muy limitado. La nieve, que para la flora de montaña supone una reserva hídrica y una protección ante el frío intenso, favorece el rápido desarrollo de numerosas plantas, que llegan a florecer en pleno deshielo, gracias a que han permanecido el invierno enterradas bajo el

Dactylorhiza sambucina



suelo en forma de bulbos o de rizomas, capaces de germinar de nuevo cuando los primeros rayos del sol calientan la superficie.

Casi desapercibidos, los líquenes son los primeros colonizadores de la roca desnuda en la montaña, potenciando condiciones más favorables para las plantas superiores.



Orchis morio

Pulsatilla rubra



Los bosques

Los robledales

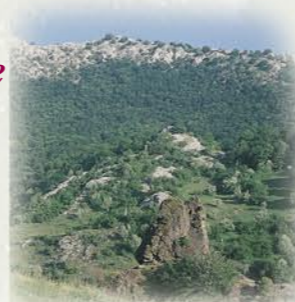


Los bosques de roble se asientan en estos valles en laderas montañosas con orientaciones septentrionales y pendientes notables.

Forman una cubierta densa y tupida que, sin embargo, no impide la entrada de la luz en su interior, por lo que el sotobosque está bien desarrollado. En primavera, resulta especialmente llamativo un narciso, el *Narcissus triandrus* cuya única hoja se abre paso entre la hojarasca que tapiza el suelo.

El hayedo de Valporquero

Acantonados en laderas de orientación norte, los hayedos ocupan hondonadas frescas y umbrosas, constituyendo bosques en los que el haya es casi la especie exclusiva. La topografía del terreno favorece la aparición de claros y linderos, en los que crecen acebos, espinos albares y serbales. La caliza aflora por doquier, dando al bosque un aspecto duro, donde las hayas vetustas y retorcidas, aprovechan las grietas y fisuras para enraizar, germinando los hayucos al amparo de los herbívoros.



El uso de los puertos

El hombre ha sabido aprovechar los recursos que ofrecía una generosa naturaleza. Optimizar esas posibilidades supuso un largo aprendizaje, modelado por la norma de la costumbre y la tradición. Ordenanzas de concejo regulaban el aprovechamiento de los montes, garantizando lo que hoy se conoce como aprovechamiento sostenido: el medio se usaba, intensamente, pero de su buen uso dependía la supervivencia en años venideros.

Así, las laderas de los valles que aparecen ahora aterrazadas, constituían un mosaico de tierras en las que se obtenían todo tipo de productos. Incluso en las vegas más altas, resguardadas y soleadas al abrigo del norte, se sembraban los centenos que garantizaban el grano con el que amasar el pan. Eran otros tiempos; los pueblos estaban llenos de gente y la tierra de labor es escasa en la montaña...

Tampoco sobran los pastos, por lo que el ganado pasteaba buena parte del año en los puertos, aprovechando los abundantes pastizales naturales subalpinos, frescos todo el verano. El cambio en los usos tradicionales está generando una profunda transformación en el paisaje de estos valles.



Puertos de Valle

El camino de San Salvador

Con fueros antiguos otorgados por Alfonso VI, el Concejo de Vega de Cervera

fue desde siempre tierra de paso. Paso de gentes y culturas que, desde el paleolítico, han dejado su impronta en estos valles. Castros en los altozanos protegidos, luego fortificados y convertidos en poblados. Trasiego de tropas dominadoras que vinieron a imponer su paz a través de calzadas y puentes. Calzadas más tarde empleadas como caminos de fe, como el camino de San Salvador de Oviedo, un ramal del camino francés a Compostela que ha dejado interesantes muestras en la zona.

En la iglesia de Valle, dispersos en sus muros se encuentran restos labrados con el ajedrezado jaqués. Pero es sobre todo en Coladilla, donde su iglesia de traza románica, bien conservada, y documentada desde el s. XII, alberga elementos decorativos de interés, como los canecillos que representan motivos geométricos, vegetales y antropomorfos y la puerta de acceso, donde junto a restos epigráficos, aparecen grabadas las conchas jacobeanas.

Iglesia de Coladilla

Fauna

En los aulagares

Los matorrales ofrecen refugio en el terreno abierto de la alta montaña. Los pardillos anidan entre la maleza, formando en invierno bandos que se desplazan a zonas más bajas para sobrevivir. El escribano montesino, con sus características franjas oscuras en la cabeza, suele anidar en el suelo, al igual que la tarabilla norteña, que busca abrigo entre las aulagas.



Escribano montesino



Trepador azul

En los bosques

En lo más profundo del bosque, el trepador azul recorre ágilmente el tronco del haya. La competencia por el espacio y el alimento es dura, y cada especie ha buscado recursos concretos que explotar. El carbonero garrapinos o el herrerillo, frecuentarán las ramas, proclamando su presencia con su canto.

En el robledal, el arrendajo dejará ver sus tonos metalizados. El pito real, verde inconfundible, saldrá volando entre la espesura a la menor señal de peligro.

El sistema kárstico

El agua de lluvia, ligeramente ácida, favorece la disolución de la caliza, originando un paisaje kárstico característico. Valporquero ofrece uno de los mejores complejos kársticos de esta vertiente de la cordillera Cantábrica. Asentado sobre un valle ciego, sólo se percibe en superficie una mínima parte del entramado de cuevas, simas, galerías y corrientes que modelan el subsuelo, un complejo mundo subterráneo originado cuando el arroyo de Valporquero, afluente del Torío, se sume dentro del macizo calcáreo, justo a la entrada de la cueva, para resurgir en la Fuente de la Cuevona, tras salvar un desnivel de 221 m. Tras recorrer un corto espacio en superficie, tributa sus aguas al Torío, que articula la red hidrográfica de todo el valle.

Existen otras manifestaciones del karst, como torcas o dolinas, acanaladuras, picos y aristas, lapiaces, fuentes y surgencias, algunas habitadas por xanas...



Chovas

En las peñas y pastizales

En las zonas más altas vive una nutrida comunidad faunística, aunque apenas se perciba la presencia de las aves.

Las chovas, gregarias y escandalosas, acompañarán al caminante durante buena parte del recorrido, tanto las piquirrojas, más querenciosas en sus requerimientos, como las piquigualdas.

Poco visibles durante el día, las ratillas y los topillos dejarán evidencias de su presencia en forma de surcos o galerías en el pastizal o de pequeños montones de tierra, las mureras. Son presa común de carnívoros, ratoneros, zorros y sobre todo de arañños y comadrejas, que penetran en sus galerías para darlos caza.

Especialmente vistosa resulta durante el verano la comunidad de insectos, destacando las numerosas mariposas que frecuentan las flores de los pastizales, permitiendo su polinización.

CUATRO VALLES

De Valle y Coladilla

De Valporquero

CUATRO VALLES

PRO DER CAL

UNIÓN EUROPEA Fondo de Infraestructuras

GOBIERNO DE ESPAÑA MINISTERIO DE MEDIO AMBIENTE Y TIERRA RURAL MARINO

Junta de Castilla y León

DIPUTACIÓN DE LEÓN

Caja España

CENTRO DE DESARROLLO CUATROVALLES

Avda. Manococho, 92

24120 Cahales - La Magdalena

León, España

Tfno.: 00 34 987 58 16 66

Fax: 00 34 987 58 15 68

www.cuatrovalles.es

cuatrovalles@cuatrovalles.es

De Valporquero a Valle y Coladilla

RUTA

En una comarca de reconocida vocación turística, la ruta ofrece interesantes recursos para el visitante. Paisajes de alta montaña, tradición y cultura, a lo largo de un recorrido que a nadie dejará indiferente.

La ruta es larga, pudiendo desarrollarse en distintas etapas independientes.

Parte de Valporquero, un pueblo de montaña que, al innegable atractivo de contar con la posibilidad de visitar una de las mejores cuevas de esta zona, añade el encanto del paraje y unos magníficos paisajes del complejo calcáreo de Vegacervera.



cambia y unas pizarras deleznable complican aún más, si cabe, el descenso. El camino se convierte en este tramo en una angosta vereda que conduce hasta el mismo pueblo. Valle de Vegacervera es una aldea sencilla en la que las reminiscencias del pasado se leen en las piedras de las casas o de la iglesia, evidencias románicas de un pasado más notable. Por detrás del cementerio, se toma el antiguo camino que conduce a Coladilla por la senda de La Gallega, quien sabe si en recuerdo del camino de Santiago, como ocurre en la iglesia de Coladilla, también de traza románica, donde algunas conchas labradas rememoran que por estos valles discurría uno de los ramales del camino francés.

La ruta parte del mismo pueblo hacia el oeste. Pronto alcanza una extensa vega cultivada hasta hace pocos años, y dedicada ahora a la producción de hierba. En estas vegas, "El Valle", parece que existió un castro. La tradición popular cuenta que en ellas hubo un pueblo, quizá el poblado medieval Bociello, ahora desaparecido.

Ascendiendo poco a poco, se alcanzan los puertos de Valle de Vegacervera, un vasto territorio ocupado por pastizales naturales tradicionalmente aprovechados a diente por los ganados. El abandono de estos puertos, está potenciando su ocupación por matorrales como aulagas y escobas.

La roca caliza aflora por doquier, siendo abundantes las cuevas y sobre todo las dolinas que, a modo de embudos, captan el agua superficial conduciéndola a la intrincada red de canales, simas y galerías subterráneas.

Tras cruzar estos pastos despejados, se inicia un fuerte descenso hasta el pueblo de valle. La litología

Coladilla guarda aún el encanto de la vida en la montaña. Las nuevas alternativas económicas no han impedido que el pueblo conserve su sabor tradicional. Tras un paseo por el pueblo, que lo merece, la ruta continúa. Hay que ganar altura, abandonar el valle y regresar a los puertos. Las laderas están pobladas, según se va ascendiendo, por un interesante roblel al que aquí y allá se han ganado parcelas para sembrar, poner unas colmenas o meter el ganado. Pronto las condiciones se vuelven duras para el arbolado, regresando al dominio del matorral. Topónimos sonoros como la Fuente La Grea, que el camino deja a su paso, o Las Monecas, hacen pensar qué condiciones de vida tendrían los pobladores que se aventuraron a ir a cultivar sus centenos a estas altitudes. Un simple vistazo a las tierras, protegidas del norte por una peña caliza, hacen explicable tal osadía. Eso y, por supuesto la necesidad de tierras de cultivo.

De nuevo en el dominio de la caliza, las orquídeas y los enebros rastreros se hacen los protagonistas del paisaje. La ruta avanza, regresando de nuevo a Valporquero, cuyas construcciones se intuyen en el horizonte. El camino carretero se ha perdido y hay que continuar por el de "burros y personas" que, perfectamente trazado, va descendiendo hasta cruzar el arroyo de Valporquero, el mismo que unos metros más allá se sume en las entrañas de la cueva, para resurgir en una espectacular caída y alimentar con sus aguas frías y claras el cauce del Torío.

DESCRIPCIÓN DE LA RUTA

RUTA COMPLETA: 11 km. 4 horas

DIFICULTAD: media

ALTERNATIVAS:

- Existe la posibilidad de hacer el recorrido por tramos, ya que la ruta completa se hace larga. De Valporquero a los puertos de Valle; de Coladilla a Valporquero; de Valle a Coladilla; etc.

RECOMENDACIONES:

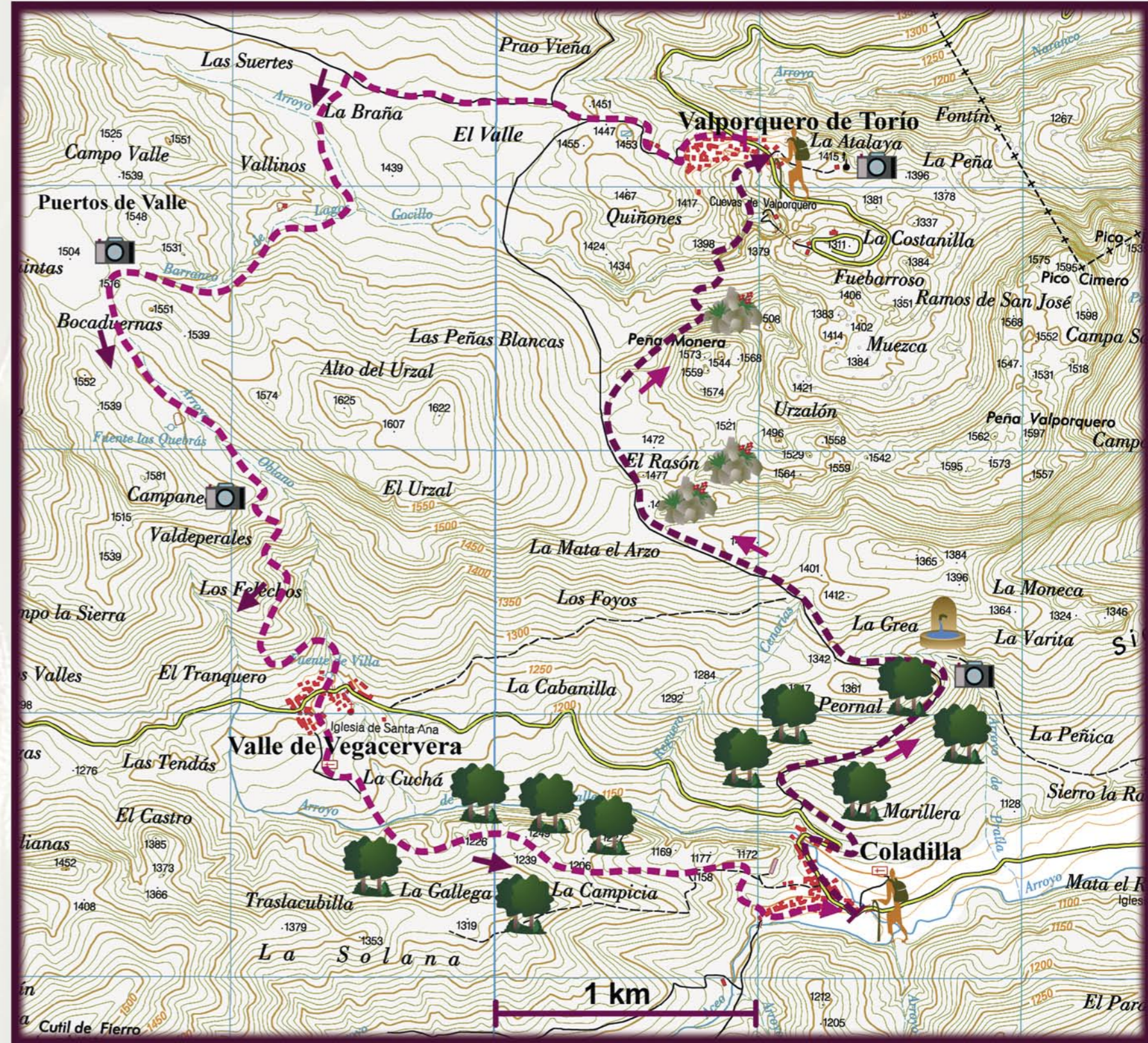
- Recorrido de alta montaña. Es aconsejable llevar ropa y calzado apropiados.
- En las zonas de montaña, las condiciones meteorológicas pueden variar de forma repentina.
- Debido a la longitud y duración prevista del recorrido, puede ser necesario llevar agua y comida. Se recomienda planificar la excursión teniendo en cuenta la longitud y desnivel de la ruta.
- En el recorrido hay algunas portillas para evitar que el ganado pase a los pastos vecinos. Si necesita abrirlas para pasar, no olvide volverlas a cerrar.
- Por respeto al entorno y a otros posibles visitantes, se recomienda no dar voces ni llevar aparatos que produzcan ruidos estridentes.
- La recogida de residuos es costosa en estos valles. Procure llevar su basura de regreso y depositarla en contenedores.
- Procure llevar atado a su perro, ya que puede espantar al ganado.

ACCESOS:

- Desde León se toma la carretera LE-311 en dirección a Matallana de Torío y Vegacervera. Tras cruzar las Hoces, a la altura de la localidad de Felmin, se desvía una carretera a la izquierda que, tras una fuerte pendiente llega al pueblo de Valporquero.
- A Coladilla y Valle se accede por la misma carretera LE-311, tomando un desvío a la izquierda en Vegacervera. También por la N-630, carretera de León a Asturias por el puerto de Pajares, tomando un desvío a la derecha a la altura de La Vid.



Perfil de la Ruta



Base Cartográfica Propiedad del Instituto Geográfico Nacional • Centro Nacional de Información Geográfica. Hoja 103-IV • Monte de Utilidad Pública Nº 778: "Santa Ana y El Cabo" de Valle de Vegacervera. Nº 779: "Tejido y Salgueroas" de Valporquero. Nº 776: "Faedillas y Pedrosillo" de Coladilla.

